

Leer para ver qué, en dónde

(REFLEXIONES)

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

Resumen

En su propuesta, el autor pretende mostrar su propia incertidumbre ante los tiempos que corren para el pensar y para el crear. Quien escribe ha de procurar el reconocimiento del qué y el cómo de su labor y, sobre todo, dónde hallar referencias para lograrlo frente a la corrección impuesta como orden único –convenido y conveniente– del lenguaje. Sin alcanzar los extremos del conocimiento y del lenguaje, donde filosofía y reflexión se miran y reconocen en la memoria, y abren paso a la palabra, en tanto voz y –por lo mismo– diálogo, no será posible que la literatura –el discurso creador– diga verdad.

Palabras clave

Discurso creador, literatura, lenguaje, conocimiento.

Abstracts

The author intends to show his own uncertainty regarding thinking and creating in the current times. Those who write must seek recognition of what and how their work is about and, above all, must find references to achieve it on account of the imposed correction as the only order of a concerted and appropriate language. It will not be possible for literature –the creative discourse– to tell the truth unless it reaches the extremes of knowledge and language, where philosophy and reflection look and recognize each other in memory, and open the way to the word as a voice and dialogue likewise.

Keywords

Creative discourse, literature, language, knowledge.

AMIGOS HA HABIDO QUE, para confirmar el lugar seguro del cual creen disfrutar, se lamentaban, un buen día, de no haber contado con mi ayuda: «Podrías haber sido el crítico de nuestra generación». Imposible les fue disimular su desconcierto ante mi respuesta: «Estoy convencido de que –a estas alturas– a ustedes no iba a gustarles demasiado lo que pudiera decir». Al momento, me di cuenta: mi trabajo con el pensar y con la palabra era ya muy otro que el suyo. Pero yo no les hablé teniéndome por superior; es que yo no sabía hablar ya como ellos; leía (y escribía), tal que ahora, con pretensión de ver qué, en dónde; obligado a medir bien las palabras, pues la fuerza de éstas me puede cuando procuro sujetar sus riendas: son ellas –siempre– quienes acaban por arrastrarme al pecado, a su dónde siempre incierto. La expresión que he utilizado –coloquial donde las haya– es más que precisa para lo que trato de explicar.

Al acogerme, como hoy lo hacen, con tanta benevolencia como generosidad, mis amigos de ISTIC se arriesgan, pues, a compartir conmigo el pecado que digo. Con todo gusto he aceptado el compromiso en que me han puesto; lo que ya no podría asegurarles –honradamente lo digo– es que mi intervención se halle a la altura que un Seminario como éste exige. Pasemos, pues, a la devoción...

A PARTIR DE LAS DOS CUESTIONES que me ocupan; de los dos referentes en torno a los cuales ha surgido mi reflexión última –que es, por supuesto, literaria; si bien solo en origen– he ido deduciendo cuanto permite que pueda reconocermé también en todo aquello que, durante décadas, se me advirtió que me era ajeno o que se hallaba muy lejano de nos. Cuestiones otras que, sin la menor duda, y aunque aniden en, y nutran, las formas de la literatura, van siempre un poco más allá de su mera solución escrita a través de determinadas invenciones o creaciones... Asuntos cuya raíz se halla en el ser y en su razón de serlo; de cómo existir en tanto individuo y en tanto comunidad... *Examen de filosofía*, dije en su momento; cuando todo llegó a «que no más»; y ni tan siquiera pude sospechar qué podría dar de sí semejante aventura... Examen, a la vez, de lectura y escritura, como nunca antes, cuando obligaba la disciplina del estudio. Ahora –hoy– vuelvo para ver qué, en dónde. Lectura; y escritura, pues no concibo la una sin la otra, simultáneas siempre: notas escritas que quedan entre las páginas de lo que leo; breves acotaciones en los márgenes; subrayados... Examen que lo es de los límites del propio conocimiento, y hacia dónde habrá de proyectarse, una vez alcanzados tales extremos... Es ahí cuando filosofía y literatura empiezan a requerir, no sé si la ayuda, pero sí, desde luego, la concurrencia de la memoria. Por ello, me resulta imprescindible –si pretendo lograr algo y no quedarme, sin más, en lo ya visto; que he agotado, y que ha agotado también mis recursos–; im-

prescindible resulta –decía– que el pensamiento y el conocimiento religiosos me auxilien a la hora de ver algo, de alcanzar ciertas vislumbres del sentido mayor de la existencia y de su arriesgada, y abismada, continuidad. Memoria y religión, aquellas dos cuestiones. Mas no se piense en lo que, de manera habitual y rutinariamente perezosa, se dice de la una y de la otra; contaminadas, como están, por las connotaciones que se les adjudican.

Cuestiones son, sí, de principio (de principios, será mejor decir) para llegar a la verdadera realidad; porque esta lectura mía es para echada a la cara de hoy. No parte de orden alguno, ni convenido ni conveniente; tampoco se aviene a esa *corrección* insufrible, fuera ya de todo control; a salvo, tras una anonimia declarada sin el menor rubor. Digo, pienso, *memoria*; y no hablo del pasado; mucho menos, de los recuerdos: una energía que dispersa el pensamiento en sus más diversos sentidos, a partir de interrogantes o perplejidades que son propuestas, y que me llegan, vaya usted a saber de dónde; de todo cuanto he ido siendo, y me ha ido haciendo, hasta constituirme en el ser humano que soy... Digo, pienso, *religión*; y, ni de lejos, pretendo referirme a asuntos de doctrina (institución que se respeta y se cumple, cuando creyentes). Pero, mucho menos aun (y se me comprenderá), aventurarme por el ser y la existencia de Dios: motivo del debate de cada ser humano consigo mismo. Para esta mi lectura, a ver qué, en dónde, la religión es comunión con el principio en donde el ser, en la memoria que es su lugar, arraiga; a partir, también, de donde ese individuo da su palabra y se *expresa*: sale de sí, para reconocerse en otros. Ritual y drama, por tanto, sus formas reconocibles que, además, en diálogo (palabra y voz) se realizan. Conexión de ambas energías, si no nos dejamos llevar, naturalmente, por la trampa que supone facilitar a la historia su entrada en esta danza. Cómo *re-cordar*, ese reduplicativo; si repetir el pasado (sus nostalgias y sus retóricas diversas) es imposible; por más que sea tan habitual dicho movimiento, incluso entre tantos que se tienen por expertos del oficio. La memoria avanza por medio de avatares sucesivos o encontrados (continua perplejidad). Certeza de *lo que sucede* o ha sucedido. Y nada tienen que ver con las memorias (apenas, su plural): utilidad, acaso, de *lo que pasa* o ha pasado. Las doctrinas, con sus paraísos; las políticas, con sus utopías dan por cierto el futuro, y hasta lo justifican: no pasan de estar en el tiempo. La memoria, por su parte, no busca objetivos, se carga de experiencias (de lo que sucede) y allí abre debate con la condición limitada y carente del ser: con su verdad. Esto escribe José Bergamín:

El tiempo no pasa por nosotros cuando *nos sucede*: entonces el tiempo nos traspasa de permanencia (...) Lo que *le pasa* al hombre puede ser trágico, puede ser cómico: lo que *le sucede* es siempre dramático. Porque el drama humano no puede originarse episódicamente en el tiempo (...) sino en una sucesión temporal, en (el) espacio aparentemente aquietado (...) del *suced*er.

De mis lecturas, digo; de esas ya publicadas y de las que han podido generarse luego, cuando todo llegó a *no más*. Lecturas sucesivas; aunque, para mí, círculos concéntricos desplegados desde un impacto inicial que les prestó impulso y que, ahora, es ya imposible de detener, una vez que ha puesto en movimiento la quieta superficie bajo la cual reposaba todo aquello, a la espera de una mano o voz que sacara a la luz su dormida energía. Superficie que venía a corresponder con la engañosa imagen que ofrecía cuanto se manifestaba como reiteración, como efemérides de lo mismo y –lo peor de todo– como corroboración de una evidencia mal llamada realidad, que no precisaba de ninguna manifestación presuntamente creadora para ser vista como tal. Aunque se le haya prestado (se le preste aún) tal apariencia, sin siquiera considerar que resulta del todo inconveniente. Como venía diciendo, he leído y he escrito sobre esas nuevas lecturas; y, en todo momento, he tenido que vérmelas con cuestiones que –una vez dentro– solo alcanzaba a entender si tenía presente ese que he llamado su carácter religioso; o algo que se halla muy próximo a él... Llegado a ese punto, era lógico pensar que no iba a bastarme con aludirlo tangencialmente; por muy claro que lo tuviera. Y el ir, entonces, en esa deriva me obligó –también– a precisar un poco más dicho concepto, pues religión y religioso eran términos cuyas connotaciones –lo adelanté– no facilitaban las cosas, a la hora de utilizarlos como recursos críticos.

Está bien claro, y hasta resulta ocioso traerlo a colación (pero no) que las llamadas tradiciones religiosas han adquirido identidad, y han perdurado, porque son caminos, precisamente de la memoria, a través de los cuales se alcanza la iluminación del conocimiento, ante ciertas preguntas y experiencias del ser y de su existir: baste con acercarnos a los místicos. Pero no deja de ser cierto, también, y de sobra sabido es, que el pensamiento, conforme adquiere sustento y solidez de razón, se alza –pertinente o impertinente– frente a la creencia por más que nunca logre apartar del todo, cuando menos, la sombra de esta última que planea permanentemente sobre él o que, desde el margen, lo cuestiona. Por más que se haya dicho, y repetido, que la forma que entonces adquiere viene a ser la de un pensar emocional y, en última instancia, retórico. La creencia es el ingrediente y aglutinante de la memoria; y, sobre eso, la energía capaz de dispersarla y disgregarla en múltiples sentidos, a partir de las perplejidades (e interrogantes) que propone siempre. Si no ando mal orientado, fue Kant quien advirtió que, si la religión abriera hostilidades contra la razón, y lo hiciera de modo reflexivo, jamás conseguiría la victoria. Por ello, cuando yo digo (y pienso) *religión*, estimo fundamental para el debate que mantengo en mis lecturas (por algo subrayo el término), considerar que no pongo sobre la mesa, en modo alguno, el asunto de las religiones, de las instituciones que asumen el sentido religioso y lo limitan a su orden doctrinal.

Yerran quienes piensen que solo reivindicó la memoria frente a la sociedad mediática y postmoderna; a su simpleza reductora general, que crece por momentos y afecta, de modo particular, a la consideración del tiempo. Sería limitar mi reflexión a esa superficialidad ya instalada en el mundo; y, de modo alarmante, en el mundo del pensamiento. Y todo, al parecer, con la complacencia de quienes, de entre las gentes de la *intelligenza*, se acomodan a aquella. Tras la aceleración de la historia, lanzada sin el menor reparo (ni pudor), en este último siglo, a eso que llaman progreso, el espacio se ha reducido también y nos hemos quedado sin referentes; de espaldas a nosotros mismos. El único, y último, recurso parece ser la celebración, las efemérides; ello es, el *re-cuerdo* que, una vez más, se disfraza de memoria, con su cohorte de derivas sentimentales que ahora, a mayor abundamiento, se tiñen de interés ideológico y de *corrección* política: la dimensión de nuestro espíritu y la de nuestra palabra –que es lo más grave– queda así limitada a su servidumbre coyuntural, para luego desvanecerse sin más. El comienzo de esa lectura mía, que se quiere exploración por la memoria, coincidió –como aludí más arriba– con mi jubilación como profesor, momento en el cual doblé la esquina del pasado; tenía ante mi vista, entonces, solo ese territorio extranjero que es el futuro. ¿Cómo aventurarme por él sin la energía de la madurez, cuando ya es una evidencia el ser carente en el cual me reconozco? Porque la existencia ha de proseguir. Y no podrá de otro modo, si no es captando la memoria, esa herencia indiscutible en la cual me será permitido reconocermé. Pues, sin ella, qué identidad, qué discurso creador podrá generarse: sin espíritu y sin palabra, ninguno, nada. Con lo que sigue, tal vez me explique; aunque, tal vez, tampoco sería extraño que me confunda aún más...

A MEDIDA QUE CRECE MI TRATO CON la filosofía –con algunos filósofos, si quiero ser preciso– mayor ha sido la necesidad de alcanzar las laderas de la ciencia... Quiero decir, de llegar a entender en qué consiste pensar de verdad, y en su totalidad; completar la ronda que el pensamiento (y el conocimiento que por él nos llega) solicitan al individuo que se aventura por tales extremas estribaciones. Utilizo el término *ronda*, en el sentido que tiene de atender o cuidar algo: un modo de vigilia para evitar que el sueño me envuelva en su comodidad; en la infeliz ingenuidad de tantas historias que se sueñan; incluso algunas que invaden, con ímpetu enemigo, nuestro espacio interior; que, incluso, lo violentan hasta dejarnos absortos frente a la realidad que originan y que acaba siempre por ocupar todo nuestro espacio; que hasta nos desplaza fuera de él y nos enajena. Perdemos, de ese modo, nuestro lugar en el mundo; somos expulsados de él y, en ese exilio, quedamos desnortados; sin saber muy bien qué nos cumple hacer, aturdidos por la presencia de unas figuras cuyo recuerdo se desvanece casi al instante de verlas. Ronda, pues, como vigilancia –dije. Pero, no menos, como preocupación, puesto que somos (y nos damos cuenta entonces) los responsables de

esa realidad que hubiésemos querido preservar. No para que permanezca siendo siempre la misma; bien al contrario, para entrar en diálogo con ella y hacernos tantas preguntas, en medio de las sombras y el silencio de la noche: lo que resulta muy difícil de ver; aquello que no podemos oír, por mucho que queramos leer en los labios que lo articulan; cuanto habita siempre del otro lado, y que por ello nos invita a indagar –amenaza, tantas veces; venturoso descubrimiento, otras.

He escrito *noche*, sí; y, antes, dije ronda: la inmediata, pensar en el maestro Rembrandt: en aquellos vigilantes suyos, tan altivos y tan de gala, que se disponen a fatigar la ciudad entonces inquietante, sin apenas luz: refugio para algunos; para otros, campo de aventuras. Fatigar la ciudad les impone arriesgarse en ese oscuro, aprender a mirar dentro de él, a conocer todo cuanto tras esa sombra busca escondrijo... Sombra, noche, oscuridad. ¿No son, a este lado, las mismas; el universo mayor en medio del cual flotamos, sin tomar plena conciencia de que así sea –esa fuerza de la costumbre? La filosofía y la ciencia han disputado siempre, desde la lejanía de aquella realidad en la cual el mito era la razón única que todo lo explicaba. Filosofía y ciencia para conocer, precisamente, cuanto se halla –suponemos– más allá, mucho más allá de nuestra limitada capacidad de saber, en un momento dado. Así que la evidencia de nuestros límites sea la certeza mayor, desde el momento en que se impone la necesidad de saber el qué del ser humano, y de sus relaciones con el mundo en que habita. Escribo *mundo* y, como antes, debo explicarme: se trata –desde luego– del bajo fondo de las *inmundicias*, en donde cuerpo y tierra se regeneran constantemente; pero no lo es menos el espacio inabarcable que nos sobrepasa y, al propio tiempo, nos contiene. ¿Universo, la palabra apropiada para denominarlo? Si no estuviera tan desprestigiada por contaminada, quizá valdría. Hallarnos, una vez alcanzado tal convencimiento, en una particular dimensión –intelectual, más que física; pero en donde ésta tiene también su parte: el ser viene a ser, entonces, la conciencia de esa relación, de esa medida... Y establecerla se convierte en el objetivo de toda existencia que se resiste a ser inconsciente, que se reconoce –insisto en ello– responsable de la naturaleza de dicha acción.

Determinar una medida, por tanto. Y la pretensión de conseguirlo exige cuento y peso: un número, sí; pero, no menos, una transcripción suya en espacio abarcable: la proporción en que lo inabarcable se manifiesta. Una geometría, pero visible. Cada día, en la mesa de trabajo ante la ventana, los edificios, al otro lado de la cancha y de la calle, dibujan el límite primero, horizonte ante el cual mi espacio ¿acaba? Éste, el motivo del pensar, si trato de orientarlo en el sentido que vengo diciendo... Porque, apenas aguzo la mirada por encima de tejados y terrazas –los reconocería sin esfuerzo, aunque cerrara los ojos, estuviera en donde estuviera; no tendría por qué ser esta mesa, este cuarto de trabajo... Sobre los tejados y terrazas –no azoteas– asoma el perfil veraniego de una desvaída serranía: otro

límite, del cual solo soy capaz de adivinar el contorno último que cierra el paso a la mirada, por mucho que me esfuerce en imaginar qué hay al otro lado... Aunque haya estado allí; aunque haya descendido, más de una vez, por la ladera norte de esa serranía. Nada de lo que, permanentemente, conozco (o recuerdo) se me manifiesta como una habitación posible... Y ello, en apenas cincuenta kilómetros en línea recta. El sol, hoy inmisericorde, no es solo luz que ciega; también, calor que hace arder cuanto me rodea. Hasta el cerebro me arde: palabra y pensamiento pugnan por ser dichos y por aflojar de ese modo la tensión que la canícula me impone mientras intento escribir. Sol, luz –tan violentos– lo ocupan todo; y ni imaginar se puede otra cosa... ¿Deja de ser, acaso, oscuro y noche la materia que los llena? Porque resulta que es –también– un no ver, un no saber... Solo a conjeturas llega quien, como ahora yo, se impone este esfuerzo. Hasta las sombras azules de barrancas y laderas se pierden tras esta difusa tonalidad que niega aquella que pintor y poeta, dejaron vista y dicha para siempre.

Esa medida del espacio cercano traducido en imagen, apenas una aproximación; una forma de conocimiento con la cual responder a la evidencia física y al número, al conocimiento científico (¿exacto?) «de la naturaleza de [esas] cosas». Logro, de ese modo, un convencimiento que me puede ayudar: esta reflexión (indagación, más bien) que me he propuesto se da de bruces con la ligereza autosuficiente que observo en los alrededores de este discurso mío: autosuficiencia intelectual, quiero precisar, en donde más pecado había. Mi percepción de las cosas me hace ver que todo es ahí, en el espacio por donde circula mi discurso, un conocimiento presuntamente sobrado de todo; las habilidades técnicas, una panacea... Cuando entiendo –y difícil será que me convenzan de lo contrario– que el abismo del conocimiento exige, siempre, correr el riesgo que el pensar supone, si es que busca cargar de vida la existencia del mundo. Quiero decir: si la pretensión del pensar se integra como es debido, en la necesidad de vivir que a todo ser humano acucia.

Lo hasta aquí escrito, apenas un ejercicio; torpe ejercitación de quien nada sabe de ese lado de la ciencia, camino del conocer que busca (o pretende buscar) certezas. Pero ¿son certezas irrefutables lo que al final, de verdad, se logra? Suelen enrabiarse quienes, por andar entre tales pucheros, quieren arrogarse en exclusiva el calificativo de sabios; a muchos de ellos he oído (y he visto) confesar que un salto (un gran salto; a veces, de asombro tanto) los ha llevado hasta un nuevo horizonte, límite a partir del cual les será forzoso volver a iniciar su trayecto indagador. Y lo más grande (y grave): un comienzo éste que, a lo peor, los obliga a recorrer desde el principio (a aventurarse por) otro camino diferente, a ver si por él... Pues de nada les valdría: saben –esto, sí, con total certeza– seguir desde aquel límite hacia un más allá que tal vez sea nada: el cumplimiento de la primera búsqueda, adonde los llevó sólo para reconocer lo que es y poco más.

Mi impresión de profano que se contenta con mirar (y leer, naturalmente) es que un conocimiento de esa naturaleza, que siempre se justifica y se tiene por verdad, dada la utilidad que reporta a la práctica de la vida, a usos que pueden dar réditos más o menos inmediatos, queda apenas en eso (que ya es mucho, desde luego); mas lo que importa es cuanto –a partir de ahí– la mente del ser humano alcanza a crear por sí misma, cuando aquél no tiene reparo alguno en poner su espíritu, que respira de un modo muy peculiar porque responde a la identidad del propio individuo; ponerlo –intentaba decir– al servicio del conocimiento de la existencia.

Conocer –¿por qué no?– lo inútil, que es parte también, y muy principal, de la verdad. A mi manera de ver, el asunto no puede limitarse a la alternativa ciencia sí o ciencia no, ni tampoco –como de hecho sucede– a identificar la ciencia como única forma de conocimiento, por mucho que hayamos llegado, en el tiempo en que estamos, a un protagonismo casi exclusivo de la misma; por mucho que se tenga a la razón por motor primero del conocimiento humano; y a todas las otras formas de saber como subsidiarias de aquélla. No sé si valdrá la pena volver, una vez más, a esto; pero aquello que, desde los orígenes del saber humano, logró que ciencia y filosofía matrimoniaran fue, precisamente, la tensión e intercambio que se estableció entre ambas. Y allí, además, el elemento religioso (mítico, primero) tiene una decisiva participación. ¿Qué hubiese sido de la filosofía moderna, de no haber entrado en el debate religioso del modo en que lo hizo? Esa otra energía (luz, se dirá también tanto) que transmite la fuerza natural para que la realidad exista, y de la cual la ciencia no se hace responsable. Es más, ni la concibe como tal ni la tolera. Desde Demócrito: materia el ser; el no ser, vacío. ¿No determina esa posición un límite; no sería mejor –más propia– la diferencia entre física y sustancia: una cierta física y su propia sustancia? Porque sin matemática, sin geometría, dicha física hubiese permanecido incomprensible, por inabarcable. Para manifestarlo, se precisa comparar con lo tangible: «...un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y furia y que significa nada»; «...un retazo de realidad, un poco menos velada que nuestra visión banal y cotidiana de tal realidad»; «...que está hecha de la misma materia de los sueños»; que no es, en modo alguno, «más real que nuestro nublado sueño cotidiano». Y no me refiero a la simple enunciación; intento que nos quedemos ante esa búsqueda de complejidad que solo puede alumbrar el lenguaje hecho verbo. Los ejemplos referidos lo demuestran: no bastan dimensión y medida; imprescindible la voz del poeta, que lo piensa desde la otra ladera.

AHORA DEBO SER YO QUIEN LEA, QUIEN afronte ese riesgo; y más, el de escribir. Pasos que mi lectura dé, y que tengan sentido. Porque algo me ha

sucedido que merece ser dicho aquí. Y explica –creo yo– mucho de lo que podrán ver quienes hayan tenido la generosidad de compartir conmigo esta experiencia, que es búsqueda. Porque, cuando la edad nos deja ante encrucijadas como ésta, me parece que la vida nos pone a prueba y, sin meditarlo mucho, ponemos pensamiento y palabra a la obra. Digo, los que tenemos; los que se han ido haciendo *memoria* en nosotros. Difícil el empeño. Pues ya todo fue dicho y demostrado; y todo, también, criticado, puesto en cuestión. Sobre todo, a partir de que se perdiera el sustento que hizo fuerte, durante siglos, la creencia en un *más allá* salvífico; la promesa que diera sentido a la existencia del ser humano, esa criatura reinante en el universo; pero también la más frágil de todas, pues –consciente de sus carencias, de su inexorable límite que llamó muerte– hubo de afrontar la vida, a pesar de todo: *mortificarse*, término con el cual el cuerpo queda vinculado a dicha acción, hasta dejarlo sin fuerzas, sin vida. Verdad es, sin embargo, que el ser humano generó recursos propios con los cuales combatir dichas limitaciones. O para creer que las combatía; y que hasta lograba vencerlas. Con situarse en el centro del mundo, pudo bastarle; con tomar posesión de dicho lugar y que la medida la diera lo demás: un universo a su medida (o una medida que doblase, en su existencia, la del universo: la naturaleza del uno frente a la naturaleza del todo; su ser, y su hacer de su mundo su reino). Pero esta relación que, en su etapa inicial sería mágica, se sustenta en la animación de la naturaleza toda, en una *simpatía* universal; y, al propio tiempo, empujaba al ser a apresar las fuerzas naturales concurrentes; un poder que actuaba sobre las cosas y estaba fuera de la palabra: nombrarlo como *conjurar*lo.

Ese contacto con el mundo se hace distancia cuando el conocimiento se suma a dicha relación: una búsqueda (y hallazgo, en su caso) de leyes o principios que permitan al ser humano *leer* ese mundo al cual pertenece y saber, de ese modo, qué. Pero sin salir de él. Cuando este conocimiento se atreve y da un paso más, la ciencia sustituirá a la filosofía: atiende a una suma de cosas que se mueven mecánicamente (aparte, y solo pendientes de sí mismas): lo objetivo; lo mensurable por sí. Algo ajeno al ser humano, a su alma; a la cual la *corrección* –ahora– nos prohíbe nombrar: estúpidamente. Que para eso ha entrado en el juego. Algo ajeno, también, a su existencia... Llegados a este punto, la tarea será saber cómo se cumple dicho proceso. El conocimiento –como he adelantado– supone una toma de distancia (sin ésta, imposible) y, por consecuencia, establece un nuevo límite que el ser humano debe reconocer; pero, entonces, la evidencia de un más allá de sí vuelve a manifestarse y a generar un nuevo conflicto: lo que ahora se prolonga hacia ese otro lado ¿es sólo vitalidad natural que la razón reconoce o una expansión libre del mundo que exige otra forma de conocimiento? Dado que los sentidos comprueban o corrigen o refutan cuanto se conoce, la objetividad mensurable de lo cuantitativo matemático abre otra ladera más al conocimiento:

la medida y la proporción, esa relatividad que se alza tenaz ante la creencia, dejada ésta atrás (o mejor, adentro) con respecto a la existencia. Una salvedad importante, sin embargo: *relatividad*, sí, mas no relativismo. No es un instrumento que degrada, como éste, la verdad ética y la excelencia estética: banalidad de los lenguajes, del lenguaje, cuando hace que cualquier cosa tenga valor; incluso, *una cosa cualquiera*. No es tampoco el buenismo tonto e infantil que nos rodea y hasta nos apabulla: que bien está como juego, pero nada más.

Ortega y Gasset nos sitúa, muy oportunamente, ante el dilema que se instala para siempre en este territorio del conocimiento; que es allí en donde el ser humano afronta siempre sus límites extremos. O, cuando menos, debería afrontarlos. Así lo subraya: el ser humano desespera, o se exaspera, e intenta salir de dicha situación –intelectual o emocional– negando todo en su vida, a excepción de ese lugar o momento precisos en donde queda aislado; en donde la vida consiste en eso; y todo lo demás, como si desapareciera. El ser, allí, descargado «de todo el resto vano de su vida»: una simplificación, en la encrucijada de la complejidad que siempre surge. Que es el camino –explica el filósofo– que va de cínicos a cristianos, de estoicos a cesaristas; pero camino, también, que, de la *devotio* moderna, pasa a Kempis y a Erasmo, de Lutero a Montaigne o Galileo. Hasta que, por ellos, alcanzamos al «genio de la simplificación (...) a la simplificación hecha hombre (...) Descartes, quien no se contenta con pedirla [la simplificación, obviamente], sino que la da, la logra y, por eso, cierra el proceso e instala al hombre en un nuevo mundo sencillo, claro y firme (...) Su método se reduce a esto: la idea simple es la clara y distinta y, viceversa, lo claro y distinto, esto es, lo sencillo, es lo simple». Señalizado por el maestro el camino, oportuno será recorrerlo, ahora sin su ayuda; al menos, en sus etapas finales donde la ciencia empuja para tener sitio y para tomar la palabra y poner así, en el centro del debate, aquel *otro lado* del conocimiento.

Tan lejos de lo que vi está lo que digo, que prefiero no decir nada a decir poco (...) Y como el geómetra que, afanado en medir el círculo, no halla en su pensamiento el principio que necesita, tal estaba yo con aquella nueva representación: quería ver cómo se adaptaba al círculo la imagen, y cómo se identificaban sus naturalezas; pero no hubieran podido mis alas encumbrarse tanto, a no haber iluminado mi mente un resplandor que dejó satisfecho su deseo.

Aquí perdí el sublime vigor de mi fantasía; mas ya daba impulso a mi anhelo y mi voluntad, como a una rueda que gira por igual, el Amor que mueve el Sol y las demás estrellas.

Así concluye el Alighiero sus jornadas por el otro lado del mundo, que resultaría ser (o doblar) el más adentro de sí mismo. Pues la evidencia había sido ese hiato entre ver y decir: un detenimiento absorto ante aquella apertura abismal

que pedía medida y proporción exactas para reconocer aquella que el poeta denomina «nueva representación»; realidad otra en la cual círculo e imagen acordaban sus naturalezas... Mas cómo lograrlo sin el resplandor (luz de la mente) que, si bien satisface el deseo, anula el vigor de su fantasía: Amor (impulso de la voluntad) que mueve cuanto habita en semejante asombrosa extensión: infinito de sombras, en donde el encuentro de sí hace más inalcanzable, si cabe, el conocimiento. Bien es cierto que el maestro florentino, con toda su energía verbal, con toda su imaginación poética, no llegaría a encaminarse hacia tales anfractuosidades, en ese otro lado que la iluminación científica de la naturaleza empezaba por entonces a reconocer. Movimiento del sol y de las demás estrellas: líneas de fuerza en el infinito que digo, para fijar sus límites; zafadas, sin embargo, de lo que se había aceptado como plan divino de la creación. Que la *Commedia* fuera poema algo nos advierte (y advirtió el escritor, en su culminación) de la maravilla inabarcable y su unidad, para llegar a la cual solo es camino un conocimiento cuya sustancia sea pareja de las estrellas.